

dra de San Pedro. Este Pontífice fue el que erigió los arzobispados de Capua y de Benevento en la parte meridional de Italia, donde hasta entonces no se había conocido mas iglesia metropolitana que la de Roma. Los griegos por su parte erigieron en metrópoli la iglesia de Otranto, y el patriarca de Constantinopla escribió al obispo de esta ciudad nombrándole arzobispo, y dándole facultad para consagrar cinco obispos de nueva creacion, así en la Pulla como en la Calabria donde dominaban los griegos, llegando la rivalidad hasta no permitir que se celebrasen en latin los divinos oficios en ninguna iglesia de estos distritos.

Los desórdenes que affigieron á la iglesia romana despues de la muerte de Juan XIII, aumentaron la aversion y el desprecio, así en los griegos como en los demás enemigos de la santa unidad. El sucesor de Juan fue Benedicto VI consagrado á fines del año 972. Ocupó la santa Sede como unos diez y ocho meses, y queriendo conservar los derechos de la Iglesia y del imperio, el sedicioso Crescencio, hijo de la famosa Teodora, y segun algunos autores de un padre escandaloso, se apoderó de Benedicto y le puso en una cárcel donde le ahogaron en el discurso del año 974. Francon, diácono de la iglesia romana, elevado al trono pontificio con el nombre de Bonifacio VII antes de la muerte de Benedicto VI, ó despues de ella segun las varias opiniones de los autores, fue desechado generalmente como Antipapa un mes despues de su eleccion, y huyó á Constantinopla. En

tonces se eligió á Dono II, á quien algunos historiadores colocan equivocadamente antes de Benedicto, y aun no falta quien le borre del catálogo de los sucesores de San Pedro; pero el número y la autoridad de los antiguos que le reconocieron por Cabeza de la Iglesia, no permite poner en duda la legitimidad de su título, que solo puede haber sido disputada á causa de la obscuridad de su pontificado. No se sabe cosa cierta del tiempo de su eleccion ni de su muerte. Su sucesor Benedicto VII, obispo de Sutri y sobrino del famoso patricio Alberico, fue electo y colocado en el trono pontificio á fines del año 974, ó en el mes de Marzo del año siguiente. Su pontificado que duró como unos ocho años y medio, se concluyó al mismo tiempo que su vida el dia 10 de Agosto de 983.

45. En medio de estas turbulencias y calamidades de la iglesia romana, el Emperador Oton II y la Emperatriz Adelaida su madre, formaron el proyecto de darla por Pastor á San Mayeul de Cluny, á cuyo fin le llamaron y le hicieron grandes instancias para que aceptase el pontificado. El santo abad respondió sin deliberar, que queria morir pobre como habia vivido (1). Pero instándole de nuevo el Emperador y la Emperatriz, y valiéndose además de esto del empeño de los obispos y de los grandes, consultó al cielo en la oracion, y respondió despues con un tono que no daba lugar á ninguna esperanza: „ciertamente estoy muy lejos de tener las cualidades convenientes para el régimen de toda la Iglesia; pero soy aun

(1) *Vit. per Syr. lib. 3. cap. 8.*

menos á propósito para gobernar á los romanos, porque hay mas diversidad entre sus costumbres y las mias que entre los países en que hemos nacido." Esta resistencia que jamás pudo vencerse en Mayeul, despues de haber sido ineficáz en otros muchos, debe mirarse quizá como el rasgo mas maravilloso de toda su vida.

46. Poco tiempo despues se vió un efecto muy singular del ascendiente que tenia sobre el Emperador (1). La ambicion de los favoritos y de los aduladores que no podian sufrir la privanza de la Emperatriz madre, habia logrado introducir una division tan grande entre ella y Oton, que esta santa Princesa se vió obligada á retirarse á Borgoña con el Rey Conrado su hermano. Todos los buenos se affigieron con este suceso, y fue tal la pesadumbre que causó á Mayeul que hizo un viage á Pavía con la Princesa para hablar al Emperador en órden á la novedad ocurrida. El santo abad pintó vivamente á Oton la obligacion que tenia de honrar á su madre á egemplo del mismo Jesucristo, y los golpes terribles con que el Autor de la naturaleza venga unos derechos tan sagrados. Enternecido el Príncipe y lleno de temor se arrojó á los pies de su madre, la cual le recibió arrodillada, derramando uno y otro copiosas lágrimas, y fue su reconciliacion tan constante como sincera. Santa Adelaida vivió todavía mucho tiempo sin apartarse jamás del camino de la virtud, y conduciéndose tan cristianamente en la prosperidad como en las

(1) *Vit. per Odil. Bibl. Clun. pag. 354.*

desgracias que habia padecido. Se mostró tan despreñida de la tierra, que sus bienes fueron de los pobres y de los siervos de Dios: fue tan amante del bien público, que se la dió el renombre de madre de los reinos, y fundó tantos monasterios cuantos eran los reinos que poseía su augusta casa. Muger, madre y abuela de los tres primeros Emperadores de la línea alemana, llamados todos tres Otones, amó tan constantemente á la Francia su patria como si nunca hubiera tenido otras conexiones, y fue á morir en el seno de su familia á la provincia de Borgoña, despues de haber enviado unos regalos dignos de su alta esfera y de su piedad á San Benito del Loira, á Cluny y á San Martin de Tours.

47. San Mayeul murió antes que esta santa Princesa, el dia 11 de Mayo del año 994 en el priorato de Souvigni, habiendo dejado electo por sucesor suyo á San Odilon, de la ilustre casa de Merceur en Auvernia. Cuando Mayeul se sintió enfermo, conoció que habia llegado su última hora; miró la muerte con la firmeza que da á los santos la magnanimidad cristiana, y consolaba á sus religiosos que lloraban amargamente al rededor de su cama. „Supuesto que me amais, les decia, ¿por qué os affige mi felicidad? Despues del combate me convida Dios con la corona." Le pidieron la bendicion, y se postraron para recibirla. Desde este instante no pensó en otra cosa que en conversar amorosamente con su Dios. „Señor, exclamaba como si hubiese gozado de las dulzuras celestiales, ¡cuán amables son vuestros ta-

tabernáculos! Vuestro siervo no puede contener la alegría al ver la hermosura de vuestra casa." Proferiendo estas palabras pasó al descanso eterno.

48. San Wolfango, obispo de Ratisbona, murió en el mismo año que San Mayeul, el día último de Octubre, en el cual celebra la Iglesia su memoria. La humildad y la dulzura, una conducta prudente, igual y moderada, una modestia tanto mas admirable en la elevacion quanto era menos ilustre la familia del Santo, pues sus padres apenas eran conocidos en la Suabia; estas fueron, con la profundidad de la doctrina y el talento de la palabra, las cualidades que por espacio de mas de veinte años le hicieron conservar la pureza de las costumbres así entre los pueblos como en el clero, y sacar no pocas veces á las almas mas empedernidas del miserable estado en que se hallaban.

49. Por el mismo tiempo se vió en la Bélgica y en la Lombardía el espectáculo de un celo tan diferente de éste en sus efectos como en su origen y progresos. Rathier, obispo de Verona y de Lieja, abad de San Amando, de Haumont, y por último de Lobes, en donde habia sido monge, ocupando sucesivamente estos varios destinos por una consecuencia de su genio descontentadizo, censuró en todas partes los vicios y errores de que no estaba exento él mismo, reclamó los cánones, en los cuales estaba muy instruido aunque los observaba poco; y sin embargo de que tenia algun mérito y cierta rectitud de intencion, se hizo insufrible á los buenos y á los malos

con sus extravagancias, con la aspereza de su genio, con sus discursos y con sus escritos mordaces. Mas hábil para obtener empleos que para conservarlos, logró que se le restableciese dos veces en la silla episcopal de Verona; de la cual fue por último privado para siempre. Publicó contra Baudri, que le fue sustituido en la de Lieja, un escrito tan furioso que se le dió el título de *frenesi*, á cuya denominacion suscribió el mismo autor.

Tal era el carácter de este hombre arrebatado, mas digno de ser asociado á los antiguos cínicos por los arranques violentos de su celo, que á los sucesores de los Apóstoles. Un día dió doce escudos á un hombre que le habia estado llenando de injurias por espacio de muchas horas consecutivas. En una obra suya, que se intitula: *Conjetura sobre el carácter de un quidam*, se deprime neciamente á sí mismo, refiriendo todo lo que le echaban en cara sus enemigos, y manifestando que lo aprobaba. Pero en medio de esta humildad bufonesca se trasluce toda la desvergüenza y presuncion cínica. Veamos como hace hablar á sus censores (1): Es un charlatan perpetuo, y tan atrevido en criticar que á nadie perdona. ¿Será extraño que se desaten contra él las lenguas de todos, cuando él egercita su lengua y su pluma contra todo el mundo? Ha escrito una historia de su tiempo, en que desde el principio hasta el fin habla mal de sí mismo y de todos los demás. Es hijo de un carpintero: ¿y nos admiraremos de que guste tan-

(1) *Spicill. tom. 2. pag. 199.*

to de edificar y reparar iglesias? Viste y calza con desaseo, duerme por lo comun en el suelo ó en un banco, convida á comer á toda clase de gentes, y se emplea en cosas bajas y serviles cuando no está metido entre los libros; porque es una especie de salvaje que huye de la sociedad: no va jamás al egército, y rara vez á la corte, no pide ni da nada á los grandes: apenas tiene ningun trato con sus iguales, y solamente se halla bien en los lugares habitados de los osos."

50. Sin duda se debe inferir del carácter de Rathier que seria una necedad tomar al pie de la letra lo que se lee en sus declamaciones contra los desórdenes del clero de Italia: por egeemplo, que apenas se encuentra en aquel pais un sugeto digno de ser elegido por obispo, ó un obispo digno de imponer las manos al que es elegido: que los clérigos de Roma no se distinguen de los legos sino en que se hacen la barba, y se afeitan la parte superior de la cabeza, y que se ocupan en el servicio de Dios á fin de agradar á los hombres.

Contradiciéndose Rathier á sí mismo, dice en otro pasage que en ninguna parte hay mas proporcion que en Roma para instruirse; y que nada se ignora allí de lo que puede saberse acerca de los dogmas eclesiásticos. „En aquella ciudad, continúa, han brillado los pastores, los doctores supremos y los Principes de la Iglesia universal. Allí se dan los decretos pontificios: allí se disciernen los cánones, aprobando unos y reprobando otros; y como lo que allí se

anula no tiene fuerza en ninguna parte, en ninguna parte se anula lo que allí se observa."

En la carta sinódica de Rathier, dirigida al clero de su diócesis, se lee entre otros muchos puntos importantes de instruccion, que los sacerdotes no debían conceder la reconciliacion á los penitentes sino segun la medida del poder que se les atribuía por los cánones: lo que prueba que habia casos reservados al obispo. Despues de esto se dice en términos formales que los sacerdotes pueden imponer penitencia por los pecados ocultos, pero que en cuanto á los públicos no deben hacer mas que dar cuenta al obispo.

El dogma de la presencia real no puede explicarse con mas claridad que lo egecuta Rathier en su carta á un eclesiástico llamado Patric (1). „Siento, le dice, que esteis tan poco instruido en un Sacramento que administráis todos los dias. Si engañado por la voz de los sentidos juzgais que es una simple figura, es mas acertado llorar vuestro error que burlarse de él. Creedme, hermano mio; así como en las bodas de Caná se convirtió el agua en un vino verdadero y no figurativo, así el vino en la Eucaristía no se convierte en una sangre figurativa, sino en verdadera sangre, y el pan se convierte del mismo modo en carne verdadera. Si el color y el sabor os dan á entender otra cosa, acordaos de lo que dice la Escritura, que el hombre fue formado del barro de la tierra, y sin embargo el hombre no tiene

(1) *Ibid. tom. 12. pag. 37.*

la figura de barro, sino solamente su substancia. Aquí al contrario, aunque el color y el sabor quedan en el misterio como estaban antes, lo que recibís es carne y sangre verdadera. La curiosidad humana puede muy bien formar objeciones; pero la sabiduría cristiana debe despreciarlas, pues se trata de la fe, y de un artículo que es de los mas misteriosos. Si es un misterio, es imposible comprenderle; y si es un punto de fe, es necesario creerle y no examinarle." Tal era la profesion de la fe católica en el siglo menos instruido, y en boca de uno de los escritores mas libres que hubo en él.

51. En España, combatiendo continuamente los cristianos con los árabes, triunfando unas veces y viéndose otras reducidos al último apuro, conservaban invariablemente el patriotismo, la Religion y el celo, cuyos triunfos pueden ser retardados, pero no impedidos por los obstáculos y reveses. Ordoño II, hijo de Alfonso el Magno, Rey de Oviedo, y que en lugar de este título fue el primero que tomó el de la ciudad de Leon donde estableció su corte, señaló el primer año de su reinado con la conquista de Talavera, de cuya plaza se apoderó por asalto despues de haber destrozado un ejército numeroso de mahometanos. Dos años despues consiguió una victoria todavía mas completa contra el Rey Abderraman III. En seguida fue derrotado por este peligroso enemigo en la funesta batalla del valle de Junquera, con Sancho, Rey de Navarra, el que habia ido á socorrerle, y fue el primero que tomó el título de

Rey en lugar del de conde. Pero en el mismo año reunió Sancho sus tropas, esperó á las de Abderraman que volvian de una expedicion intentada al otro lado de los Pirineos despues de su victoria, las derrotó, y las quitó de un solo golpe todo el fruto de sus fuerzas. Ramiro II, hijo de Ordoño, libertó á Madrid de la opresion de los árabes, y consiguió contra Abderraman una victoria en que se dice que dió pasar á cuchillo ochenta mil infieles. Los cristianos creyeron tan firmemente que habian debido este triunfo á la intercesion de Santiago, que desde entonces empezaron los españoles á invocar el nombre de este apóstol en las batallas, así como los franceses invocaban el de San Dionisio. Ordoño III, hijo de Ramiro, se apoderó de la ciudad de Lisboa. Sancho su hermano, primero de este nombre entre los Reyes de Leon, el cual le destronó, tuvo muchos disgustos domésticos, y murió en fin envenenado por un caballero á quien acababa de perdonar la vida (*).

(*) Berault omite en esta sucinta narracion de los asuntos de España los dos reinados que mediaron entre Ordoño II y Ramiro II; por manera que segun su relacion, aparece este segundo Príncipe inmediato sucesor del primero. Ordoño, de quien ya hablamos en el libro anterior, murió en Zamora á fines del año 923, ó principios del siguiente. Parecia entonces consecuente que subiese al trono su primogénito, que, segun la mas comun opinion, era D. Alfonso, apellidado el Mønge; pero no fue así. Proclamaron á D. Fruela II, hermano de Ordoño, que ya gobernaba en Oviedo; mas su reinado fue de muy corta duracion, pues murió á principios del año 925, dejando en pos de sí una memoria para siempre odiosa por la crueldad, torpeza y cobardía con que habia manchado el trono. Existia aun entonces, y